

dolo y hasta futurizándolo. ¿No son acaso Batman, James Bond, Napoleón Solo, personajes de Gran Guignol? Luego entonces, el teatro, como el Concilio Ecuménico, tiene que ponerse al día y producir comedias según los gustos del público. La tramoya teatral volverá a funcionar después de muchos años de enmohecerse para realizar los trucos que tanto gustaban a don Enrique Rambal padre y al teatro de Gran Guignol de París, sólo que ahora en lugar de borbotones de sangre veremos columnas de gases mortíferos; en lugar de un asesinato, veremos cien, y en lugar de buscar un vulgar collar de perlas, se buscará una bomba atómica o los planos para ir a Júpiter. Es lo que se llama evolución.

Por tanto, si usted es tradicionalista del género policiaco, si aún ve los programas de Perry Mason que se repiten por la televisión, si aún compra novelas de Agatha Christie y de Ellery Queen, le agrada este *Testigo hostil*; pero si por lo contrario, usted no se pierde un programa de Batman, ni una película del 007, ni un episodio de la CIPOL, y compra novelas de Ray Bradbury y de Isaac Asimov, entonces se aburrirá hasta la náusea con las eternas escenas del juzgado de *Testigo hostil* en que Manolo Fábregas es el abogado listo y simpático y el pobre de Pepe Gálvez es el fiscal tonto y pesado.

El género policiaco que hasta hace unos pocos años nos emocionaba hasta brincar en la butaca, ha muerto. *Sic transit gloria mundi*.

7 de agosto de 1966

ÉRASE QUE SE ERAN CUATRO GATOS DE CUERDA

Había una vez una respetabilísima señora llamada doña Universidad Nacional de México, que tenía muchos hijos, muchos nietos y muchos bisnietos. Entre estos últimos figuran los personajes de nuestro cuento, que eran tres y se llamaban Héctor, Juan José y

José Luis.¹ En un principio, cuando los tres héroes estaban muy jóvenes, la ilustre bisabuela se mostraba orgullosa del mayor, Héctor, por su talento y su gloria al escribir, ¡tan joven!, una bella comedia que retrataba fielmente las costumbres del estudiantado preparatoriano de San Ildefonso, que sufría y gozaba con sus simples cosas en un café de la calle de Argentina. Doña Universidad presumía a su bisnieto con cuanta visita llegaba a su casa, lo colocaba en medio de la sala y le decía envolviéndolo con su mirada tierna: “A ver, hijito, recita aquí a los señores esas cosas tan simples que escribiste”. Y el joven, casi niño, leía sus comedias y era premiado después con una paleta de limón; la amorosa anciana pensaba que Héctor llegaría a ser un nuevo Juan Ruiz de Alarcón que haría olvidar a un señor calvo y flaco que por entonces era considerado el mejor dramaturgo mexicano por sus gesticulaciones. Pasaron los años y el joven Héctor no volvió a escribir, sino que juntó a algunos amiguitos y en el segundo patio de la casa de su bisabuelita comenzó a hacer experimentos con ellos para llegar a ser un famoso director. A fuerza de paciencia y de estudio, nuestro héroe logró que la bondadosa señora le prestase un patio más grande, que parecía frontón y volvió a cubrirse de gloria, como trece años antes, con su dirección moderna y alegre de la obra clásica *Don Gil de las calzas verdes*.

Pero mientras esto sucedía los otros dos protagonistas de nuestro cuento también habían crecido, y ambos tenían lo que su primo Héctor, o sea talento. Juan José era el “tremendo” de la familia: en lugar de leer a Calderón, a Lope, a Shakespeare o a Ibarra, como le recomendaba su bisabuela, llevaba escondidos bajo la camisa libros de Ionesco, de Adamov, de Strindberg; se dejó crecer el pelo y engordó en señal de rebeldía. Pero a pesar de su actitud vanguardista, que en el fondo molestaba a la señora aunque no lo dejara traslucir, Juan José también triunfó como director, y de otro patio de su enorme casa en que presentó un *Despertar de primavera* que lo consagró ante la severa y talentosa crítica teatral mexicana, saltó a otros teatros y valiéndose de una calva soprano y de un famoso criminal, ocupó su lugar entre los inmortales.

¹ Héctor Mendoza, Juan José Gurrola y José Luis Ibáñez.

Sólo quedaba José Luis, el más tímido, al que también le gustaba dirigir, pero no se atrevía a hacerlo en plan grande, no obstante haber recibido palmaditas y dulces por su *Asesinato en la catedral* y por otro asesinato entre criadas. Su verdadera pasión era el verso y a él se dedicó por entero, llegando a saber tanto que abrió una academia para actores malos, de la que los alumnos salían siendo igual de malos, pero conociendo al dedillo las diferentes entonaciones que deben darse al decir el verso clásico. Sin embargo, José Luis no era dichoso, porque las sombras de sus primos Héctor y Juan José caían sobre él como el dedo de Jehová. Si ellos triunfaron como directores, él también lo haría, y se lanzó con una bella puesta en escena de *Mudarse por mejorarse*. Muy hermosa, sí, pero . . . tradicional, poco moderna. Entonces hizo a un lado su timidez y decidió revolucionar el teatro adaptando un poema, no una obra, de Lope: *La gatomaquia*, repartiendo los versos entre cuatro actores, y dirigiéndola muy a la moderna, con brincos, saltos, extraños aparatos, luces, música de jazz que quiso ser barroca y lo consiguió, sólo que de un barroco californiano, ropa moderna y . . . un aro. Pero el bueno de José Luis, a pesar de su talento, se pasó de listo, o de director, y cayó en un virtuosismo al estilo de Paganini en el violín o de Hill Olvera en el órgano, verdaderamente insoportable. Luces perfectamente dispuestas para proyectar sombras chinescas o estallidos de color rojo; una especie de triciclo de principios de siglo; una caja que era piano y era sitio para jugar a las escondidillas; un aro de fierro que lo hizo tan bien al bailar él solito en el escenario, que arrancó el único aplauso sincero de la noche, y, por fin, cuatro actores que en la obra eran cuatro gatos (no hay simbolismo en la frase), sólo que José Luis exigió tanto en su virtuosismo, que resultaron cuatro gatos de cuerda, mecánicos, fríos, auténticos robots pendientes tan sólo de determinada sílaba, ya no palabra, para mover el dedo meñique de la mano izquierda o levantar la ceja derecha.

14 de agosto de 1966